

DOMINGO II DE CUARESMA (B)
Homilía del P. Manel Gasch, monje de Montserrat
25 de febrero de 2018
Gén 22,1-2.9a.10-13.15-18 / Rom 8,31b-34 / Mc 9,2-10

Situado en el orden narrativo del evangelio de Marcos y en el contexto de este tiempo de Cuaresma, el fragmento que hemos leído hoy es, queridos hermanos y hermanas, una especie de *spoiler*, una filtración informativa. La mayoría sabéis que un *spoiler* es avanzar contenidos en una narración, ya sea literaria o audiovisual, estropeando el efecto sorpresa o misterioso de la conclusión.

La transfiguración es esta filtración sobre el destino final de Jesucristo. Es un cambio y es el anuncio de un cambio aún mayor, que nos dice que Jesús pertenece y se encamina a otra dimensión. Los vestidos blancos (extraterrenales) y la posibilidad de conversar con personajes difuntas son la prueba. Por un momento el evangelista se ha situado más allá..., nos ha abierto una ventana que quizás no tocaba en este tiempo de Cuaresma sino que es propia de la Pascua, cuando celebraremos la resurrección, que es la última y plena transfiguración de Jesús.

¿Por qué este *spoiler*, esta filtración? Para decirnos que el cambio es posible. Es el mensaje de la cuaresma: convertirse es cambiar, transformarse es cambiar, y Jesús se nos presenta cambiado, transformado, transfigurado.

El evangelio de hoy es una invitación a dejarse cambiar, a no poner resistencia a los cambios que nos propone Dios, a comprender que Dios nos invita siempre a pasar de una situación a otra y que el final de todo este proceso apunta muy alto..., a un cambio definitivo, a la Pascua.

¿Nos puede dar miedo todo este movimiento? Naturalmente. No nos extrañe tener miedo..., el evangelio nos dice muchas veces que la verdadera presencia de Dios puede dar miedo. "No temas" es la frase que acompaña tantas manifestaciones de Dios: a la Virgen, a San José, a San Pedro, a los apóstoles reunidos. No tengáis miedo. Ya el profeta Habacuc decía: he escuchado tu Palabra señor y he tenido miedo. Y los discípulos de Jesús, los tres más íntimos, tenían tanto miedo en la transfiguración que no entendían nada de lo que estaba pasando.

Los que creemos que Dios puede hacerse presente para pedirnos que nos transformemos, creemos en la posibilidad de que Jesús nos hable desde esta dimensión en la que se nos presenta como en una comunión mucho más intensa con Dios.

¿Qué les pasa a los discípulos? Tienen miedo y adoptan una actitud cerrada que dice: Quedémonos aquí. No entienden a la primera que el cambio que propone Jesús, su autoridad junto a Moisés y Elías no es crear un Olimpo, un nirvana, una residencia de "puros" sino que sólo quiere que se le escuche más intensamente. Lo que nos dice precisamente el evangelio de hoy es que Jesús cambiará, resucitará, para dar aún más fuerza a su mensaje de transformación del mundo. En el momento álgido de la transfiguración la voz de Dios es muy clara: Este es mi hijo amado, escuchadle. Es la misma invitación que oíamos en el primer capítulo del evangelio de Marcos, en el bautismo y que ahora se repite en la mitad del evangelio: es la invitación a seguir leyendo la buena nueva de Jesús.

La invitación a cambiar y convertirnos tiene pues un fundamento y un destino más que sólido. Jesucristo y su ejemplo. Esto quiere decir: la conversión nos viene de Dios y nos lleva a Dios, pero siempre bajando de la montaña. Incluso los monjes y los escolanes que estamos arriba, o mejor, a media montaña, ¡hemos de bajar! Para nosotros bajar de la montaña será estar atentos a nosotros mismos, a nuestros hermanos, al mundo, a nuestro país, y sobre todo hacer oración para ayudar como el evangelio de hoy a abrir esta ventana al más allá, esta ventana que nos permita ver más adentro. La fiesta de la transfiguración, el día 6 de agosto, en la que volvemos a leer este evangelio siempre ha sido muy estimada por los monjes, porque nos recuerda seguramente nuestra misión en la Iglesia: ayudar a abrir para todo el mundo esta ventana, para el mundo, para todos, porque cualquier vocación cristiana es para los demás, incluso la más contemplativa.

La cuaresma une de una manera clara la posibilidad de vivir con el mundo, abajo de la montaña, para lo que se nos indican las prácticas más que realistas del ayuno y la limosna. Pero la misma cuaresma nunca pierde de vista lo que ha pasado arriba de la montaña, y por eso nos invita también a orar para entrar en comunión con Dios. ¿No es con todo esto la cuaresma, la mejor síntesis de nuestra vida cristiana?